

el abad obispo OLIBA y gerona

Las conmemoraciones que se vienen realizando desde el decurso del año 1971 con motivo del milenario del nacimiento del abad y obispo Oliba, han reverdecido el recuerdo de un personaje significativo del que no se puede prescindir para interpretar una época crucial en la historia de Cataluña. Aparece en el período de las crisis producidas a últimos del siglo X que dejaron el país acurrucado en la soberanía condal, desprendida ya de la tutela de los reyes francos, después del descalabro causado por las dos intensas y últimas incursiones sarracenas que asolaron toda la parte meridional y occidental del territorio. Su personalidad se afianza y crece en la vitalidad que se inicia para adquirir en ella una emergencia de autoridad indiscutible por encima de los condes y próceres, de mentor de monasterios y monjes y de orientador de obispos.

Conde en su juventud del Berguedá y del Ripollés, a la muerte en Montecassino de su padre Oliba Cabreta, después que dos años antes éste hubiera renunciado en 988 el gobierno de sus condados de Cerdanya y de Besalú; monje de Ripoll a partir de 1002 y luego abad de este monasterio y también del cenobio de Cuixá en 1008, fue elevado a obispo de Vic en la diócesis ausonense hacia los últimos meses del año 1017. Oliba, conde en su juventud y luego abad y obispo, se mantuvo siempre en una misma serenidad de espíritu, de suavidad afable y de energía impulsiva que le sirvió para proyectar sus anteriores experiencias de gobierno a un plano superior de acción en el que, introduciendo y haciendo prosperar sus ideas renovadoras, pudo vitalizar la espiritualidad de sus monasterios, encauzar la estructuración de su diócesis y sobre todo influir en las decisiones de los concilios provinciales de la metrópoli narbonense. Y a través de ellos logró imponer el sentido de la justicia, en una acuciante búsqueda de la paz, dentro de una sociedad inmersa en luchas y rivalidades, para hacer aceptables con su acción conciliadora y con sus normas prácticas los derechos humanos salvaguardados a través de sus progresivas instituciones de paz y tregua.

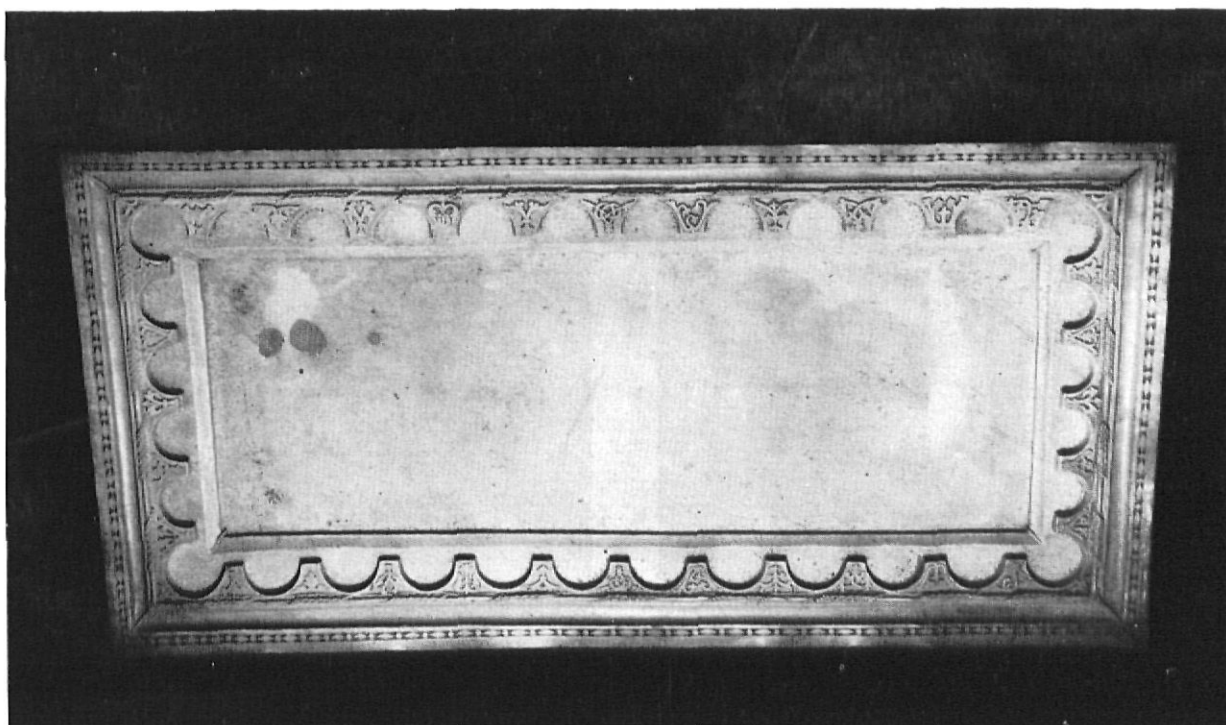
Oliba se halla más que presente en la consolidación de una soberanía que arraigó en las formas que germinaron de la mútua comprensión de derechos y deberes por las orientaciones que supo imprimir en la convivencia común, iluminada por los ideales de justicia cimentados en el espíritu religioso. El mismo que, depurado en sus monasterios y en su sede vicense, como instrumento de culto por la liturgia y como propulsor de la cultura en la actividad de sus escritorios, le sirvió para elevarlos a signo externo representativo en las múltiples construcciones arquitectónicas incorporadas a la germinación del renacimiento románico europeo que culminó con el advenimiento de la plenitud de la reforma gregoriana de últimos del siglo XI, a la que ya Oliba se había adelantado.

Eduardo JUNYENT

Las relaciones que mantuvo con la diócesis de Gerona y con sus hombres más representativos debieron de menudear mucho más de lo que aportan los simples documentos que se han conservado. Debieron empezar desde su niñez en las estancias hechas en el castillo de Besalú en tiempos del conde Miró Bonfill, su tío, obispo de Gerona, hombre culto y de grandes dotes de gobierno, de quien recogió las primeras lecciones de suavidad, propensas a la paz, y de avidez de saber. Continuaron durante el gobierno de su padre, el conde Oliba Cabreta, y se prolongaron todavía a través de su hermano el conde Bernat Tallaferro de Besalú. Luego ya monje y después abad, prosiguieron a través de los vínculos que muchas de las haciendas e iglesias del territorio gerundense tenían en dependencia de sus monasterios y también de las relaciones con los numerosos monasterios de la diócesis. Más adelante las vinculaciones aumentaron con el trato amistoso mantenido con Pedro Roger, obispo de Gerona desde 1010. Ya desde los inicios de su pontificado, Oliba tuvo que estar de acuerdo con él en el espinoso problema que les afectaba a ambos con motivo de la erección del obispado de Besalú, arrancada del papa Benedicto VIII en 1017 por el conde Bernat Tallaferro, que venía a desmembrar extensos territorios de la diócesis gerundense, igual que de la de Ausona y Elna; diócesis que, en realidad, no prosperó en su formación y de la que no se habló más después de la muerte del conde acaecida en 1020.

Los documentos conservados exponen algunas de las intervenciones pacificadoras que Oliba tuvo en territorio gerundense. La más conocida es en el juicio de 26 de agosto de 1019 sobre la posesión de la villa de Ullastret. Esta había sido vendida al conde de Barcelona Ramón Borrell durante la minoría de Hugo conde de Ampurias quien la reclamó al llegar a su mayor edad, siendo reconocido su derecho por el juez de Ampuries. Hugo, apoyado en este reconocimiento, ocupó la villa por la fuerza, originando la protesta de reclamación por parte de la viuda del comprador, la condesa Ermessenda de Barcelona. Esta llevó el asunto al arbitraje del obispo Oliba y de Bernat Tallaferro por parte del conde de Ampuries, pero Hugo pretendió evadirse viendo perdida su causa, sugiriendo una solución por las armas entre un caballero de cada parte, según la costumbre de los francos, que no fue aceptada por la condesa Ermessenda por considerarla contraria a la ley goda. Sugestión, seguramente de Oliba, que obligó a someter la cuestión al juicio y zanjada en justicia a favor de la condesa por tres jueces, uno de cada condado, de Gerona, de Ausona y de Barcelona.

En este mismo tiempo también Oliba tuvo que intervenir para que el belicoso Hugo conde de Ampuries desistiera de apoderarse del condado del Rosellón despojando de sus derechos a su sobrino el conde Gaufredo; y asimismo dando apoyo al abad Pedro del monasterio de San Pe-



Ara del altar mayor de la catedral consagrada en 1038, en presencia del obispo y abad Oliba



Lamparilla empleada como lipsanotea de la Catedral en el año 1038

dro de Roda en las sanciones canónicas contra el mismo Hugo, aun contra el mismo sobrino de Oliba, Guillermo, conde de Besalú, que depredaban y se adjudicaban los bienes del cenobio burlándose de la excomunión pontificia y negándose a restituir. Oliba se halló presente, junto con otros obispos en la consagración de la iglesia del monasterio el 5 de octubre de 1022, reforzando con su prestigio el derecho de reclamación formulado por el abad.

Los contactos de Oliba con el obispo de Gerona Pedro Roger se siguen en Besalú el 5 de noviembre de 1029 suscribiendo la exención de formar e nla hueste condal otorgada por el conde Guillermo al monasterio de San Pedro, suprimiendo así un abuso que mermaba su independencia. Más tarde Oliba se halla en Gerona el 29 de septiembre de 1031 con motivo de la nueva

Monasterio de San Pedro de Roda (interior de la nave. Siglo XI)



San Miguel de Fluviá



dotación de la canónica hecha por el obispo Pedro. Este, a su vez, se halla presente en Ripoll el 15 de enero de 1032 en la solemnidad de la consagración de las obras realizadas por Oliba en la ampliación de la basílica monástica; y éste no faltó el 21 de septiembre de 1038 en el acto de consagración de las obras efectuadas en la catedral de Gerona en la que, como en la nueva catedral de Vic, consagrada pocos días antes a 30 de agosto, el obispo Pedro Roger levantaba la magnífica y esbelta torre del campanario similar a las que Oliba erigió también en sus monasterios.

Cabe situar todavía, a 29 de octubre de 1043, la presencia de Oliba en Gerona donde pronunció en su festividad el sermón en elogio de San Narciso, cuyo texto ha sido desentrañado por Manuel Mundó de la maraña literaria que contiene las actas de la pasión de Santa Afra. Sermón lleno de unción y de suavidad que invita a la celebración de la memoria del santo. En tal ocasión Oliba se vio acometido por la condesa Ermessenda para que le cediera su fiel secretario el monje Arnaldo para abad del monasterio de San Feliu de Guíxols, a lo que el obispo no pudo negarse habida cuenta de los muchos beneficios que llevaba recibidos de la condesa.

Las últimas noticias documentales llevan al 26 de julio de 1045, fecha de la fundación del monasterio de San Miguel de Fluviá, realizada directamente y a iniciativa de Oliba en un lugar que ya pertenecía al cenobio de Cuixá. Oliba, junto con sus sobrinos, el arzobispo Guifre de Narbona y del conde Ponce de Ampuries, delimitó el terreno asignado a la iglesia concediéndole por decreto todas las prerrogativas eclesiásticas e impetrando las bendiciones espirituales a cuantos contribuirían a su construcción.

La muerte de Oliba, acaecida en el monasterio de Cuixá el 30 de octubre de 1046, creó un vacío llorado por todos, especialmente sentido por los que en él se apoyaban y se alimentaban de su proceder. Con él se extinguió la luz que iluminaba un presente prometedor, pero quedó su actitud de defensor de la justicia y de impulsor de la paz que le hicieron aclamar como padre de la patria. Al anuncio de su fallecimiento, redactado por los monjes de Ripoll y de Cuixá, respondieron noventa y tres comunidades de catedrales y monasterios dispersos hasta el norte de Francia. Las de los cenobios gerundenses de San Pedro de Besalú y de San Pedro de Camprodon lo reconocieron como a su padre espiritual. La de San Esteban de Banyoles aclamándole como a dulce padre y pastor piadoso de quien no podían olvidarse por haberlo tratado desde su adolescencia, nutriéndose de su doctrina. La de San Pedro de Roda reconociendo que, por los merecimientos de su santa gestión y por el perfume de su bondad difundido en todos, lo tenían como padre en común. Los canónigos de la catedral de Gerona afirmaban, trazando su elogio, que fue la honra del episcopado, padre de los monjes, esperanza de los eclesiásticos, protector de las viudas, pan de los pobres, premuroso con los amigos y absolutamente entregado a hacer el bien. Por eso reconocían que le encajaba perfectamente el pacífico nombre de Oliba, porque su rostro fue siempre alegre, el entendimiento sereno, el corazón sincero y la frente plácida.